

LA HOJA de PARRA



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60. Apartado 547.—Teléfono 1845.
Telégrafo LIBROJA. Horas de oficina: de 9 mañana á 4 tarde.

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER
Socción vermouth.

JOAQUIN DICENTA
Cami leando.

ALEJANDRO LARRUBIERA
La Venus de *La Correspondencia*

RAMÓN ASENSIO MAS
Continental exprés.

JESÚS ACEDO
A una ex criada de ptas. 7,50

JOSÉ LUIS MAÑES
La hora del amor.

FERMIN MARCIAL
Epigramita.

C. CABAL
El idilio de los besos.

C. GENS MINGUET
La hucha.

DEMETRIO y CIRIA

Varios dibujos y retratos de
Mariceli y Pedro de Répide

5 cénts.

MARICELI

La estupenda bailarina que acabará sorda
por efecto de los aplausos.



RECOPILACION VERMOUTH

DECIDIDAMENTE en materia de astronomía yo no soy un águila ni mucho menos. Ya me ha ocurrido más de una vez hablarles á ustedes de la bondad del tiempo, de la esplendidez del sol y de la diarfaridad del ce-
leje, y en efecto, al llegar el número á manos del lector, estar lloviendo á á cántaros y hacer una temperatura francamente desagradable.

Tal pasó en la anterior semana, que al siguiente día de escrita esta sección *vermouth*, en la que hacía referencia al tiempo hermoso que estábamos disfrutando, empecé á diluviar y no lo dejé en toda la semana, sin duda con la hidalga intención de dejarme por embustero, por lo cual me he convencido de que no sirvo para ocuparme de cosas celestiales, y que debo dejar en paz al sol y á las estrellas. ¡Con lo que á mí me gusta ocuparme con las estrellas y si son de variedades, mejor, que mejor!

Pero si en eso del tiempo no doy pie con bola, habrán ustedes observado que en cambio, soy un tío pronosticando acontecimientos del ramo de expansiones íntimas. Con motivo de haberse puesto en moda la danza del oso y estar para ponerse en juego la del canguro, les anticipé á ustedes que no tardaríamos en ver bailar públicamente (porque

en privado hace ya mucho que nos lo bailan) el tango del percebe y de la almeja. Y dicho y hecho, ya está haciendo furor en los salones aristocráticos de Nueva York, la *danza del pescado*, que es un similar de la del marisco.

Los cronistas al descibirlo, nos hablan de lo violentos que resultan sus movimientos por cuya causa temen que caiga pronto en desuso, pues fatiga mucho á quienes lo bailan «Es algo así —dicen— como si se sube precipitadamente un tramo de escalera y seguidamente se baja, para volverlo á subir...» ¡Naturalmente! Según los maestros en el arte, nada hay que fatigue tanto como el subir y el bajar violentamente, sin someter el ejercicio á reglas rítmicas y uniformes, pues sobre cansarse inútilmente el interesado hace un trabajo completamente inútil y de efecto contrario al que desea producir.

Yo confieso que en esas cuestiones soy completamente

lego, pero, opino que si á los implantadores de bailes raros les da por seguir inventando danzas á las que apliquen nombres alimenticios, detrás de la del pescado vendrá la del embuchado, pongo por producto nutritivo, y entonces resultarán sus movimientos mucho más embarazosos por la razón sencilla de que el embutado emba-

UN TARTAMUDO ELOGIANDO LA BELLEZA DE SU NOVIA



—¡Qué guspa... es, que... gu... aps, que guspa... que gus... pa pa pa pa!...

raza mucho más fácilmente que el pez, por mucho que este mueva la cola.

Por su puesto, que para danzas, la que se ha armado en la política durante esta semana y respecto á la que no hago ningún género de consideraciones, no sea que vaya á ocurrir lo que con el tiempo en la pasada. Sólo diré que ya ha comenzado la efervescencia electoral y que, á juzgar por los preparativos que hacen los miembros de los partidos que van á la lucha, será reñidísima y hasta pudiera haber algún lamentable desbordamiento. ¡Y cualquiera es capaz de predecir, de lo que es capaz un miembro de esos cuando está á punto de desbordarse!

Veán ustedes sino lo ocurrido el otro día con motivo de la elección de un diputado provincial en un pueblo de la provincia de Cáceres.

Para quitarse de encima á cuatro notarios y á seis interventores, no se les ocurrió á sus contrarios otra idea más adecuada que ofrecerles unos bizcochitos impregnados en jalapa, que, como era de esperar, hicieron bien pronto su natural efecto y, notarios é interventores, tuvieron que salir de estampía dando gritos y haciendo contorsiones creyéndose envenenados, y cuando ya descansados de tales torturas volvieron al colegio, se encontraron con que les habían metido el embuchado. (Este embuchado no tiene nada que ver con el de que más arriba hablamos, este es electoral.)

Semejante argucia, puede servir de ejemplo á los electores para inventar procedimientos en que poder dársela con gruñe á los contrarios.

Por ejemplo: se averigua qué señora de la localidad le gusta más al interventor á quien se quiere eliminar, y en el momento más conveniente, se hace que reciba una carta de la interesada diciendo, sobre poco más ó menos: «Por fin me resuelvo á complacerte. Mi marido ha salido y tardará una hora en volver. Ven al recibir ésta. Ahora ó nunca». Y claro, el hombre saldrá como una exhalación soñando con un mundo de placeres. Entretanto le llenarán la urna de papeletas, sin perjuicio de que el marido llene á su vez la cabeza de golpes cuando le vea llegar á su casa.

Vicerversa: se sabe que es un esposo escamón de esos que cuando salen del domicilio conyugal no les llevan todas consigo, pues se hace llegar á sus manos un pape-

lito que diga: «¡Mentecatol, ¡desventurado rumiantel! Mientras tú estás vigilando la elección de tu correligionario Guarrete, tu mujer te la está pegando en tu propio tálamo. Ve inmediatamente y los cogerás con las manos en la masa...» Los lógico es que el infeliz, al leer esto, atropelle á la gente para salir antes del local y entonces se hace el deseado pucherazo.

Mas nada de eso podrá hacerse en cuanto á nuestras sufragistas, (que ya las va habiendo en abundancia y hasta han comenzado á publicar un periódico, del que me ocuparé oportunamente), les da por imitar á sus compañeras de Norte América.

Gómez Carrillo, en una de sus últimas crónicas, dice que ha visto grabados de periódicos yorkinos en los que aparecen lindas propagandistas del voto para las mujeres, mostrando en la liga un arma blanca para defenderse de las acometidas de los policías, ni más ni menos que como por esos mundos de Dios, se imaginan que van las damas españolas, sean ó no partidarias del femenino sufragio.

Pues bien; supongamos que no la navaja, porque nuestras mujeres, por muy sufragistas que puedan ser, no llevan arma alguna en esa parte, de su cuerpo, aunque sirve para armar, que no es precisamente lo mismo; supongamos, repito, que concedido el voto á las mujeres llevan en la liga la papeleta electoral, cosa que no tendría nada de extraño, pues es natural que quieran llevar su voluntad política lo más escondida que puedan, y para eso ningún sitio mejor que entre redilla y muslo que es donde suele caer la liga. En ese caso no habría ningún subterfugio, por hábil que fuese que arancara á un interventor de su puesto en la mesa escrutadora.

—«Fulanta de Tal, votal—exclamaria el presidente». Y en el acto, la electora se arremangaría la falda y sacaría de su adorable escondite el doblado papelito. Y así uno, y otra y todo el cuerpo electoral femenino.

¡Habría tiros por ser interventor perpetuo!

Yo, por lo pronto, cuando eso llegue á ocurrir, me ofrezco incondicionalmente para serlo á todos los candidatos, sea cual fuere su color político.

¡Aunque sea Melquiadista!

Un pequeño REPORTER

Camilleando El hecho es sencillo. La prensa local lo relata sin comentarios de ninguna índole.

Dos sujetos, dos trabajadores, prendados de una misma mujer, la rondaban desde tres ó cuatro meses atrás, como canes en celo, que gruñen, remangando el hoc-

dos, repartiendo entre uno y otro por igual, ojeadas y sonrisas, palabras y suspiros.

De ahí no pasan sus concesiones. Si uno de los chicos pretendía formalizar con un *sí* redondo, pronunciado por los labios de la ribeteadora, su cortejo incipiente, contestábase ésta un «Veremos» que, por la dulzura del tono, era esperanza, y por lo indeciso del vocablo, negativa. Si el otro la estrechaba con perentorio «Esto no puede continuar. Decídete», tropezábase con un evasivo «No corre prisa. Deja que lo piense», suavizado por un mohín sensual y miradas acariciadoras.

Así —amplio el relato que hacen los periódicos del suceso— pasaron días y semanas y meses; la ribeteadora insistiendo en su peligroso tenor; los trabajadores en su afán de lograrla.

Y mientras ella, enloqueciéndolos con sus coqueteos, con sus medias desdenes y sus incompletos favores, daba un hartazgo á



El cobrador. —¿Hasta dónde caballero?

El caballero (distráido). —Hasta la rodilla.

co y enseñando los dientes alrededor de la hembra.

Ella, la hembra, arrogantísima criatura de veintidós años, que guardaba en el mirar de sus ojos verdes un estío perpetuo, en la mata negra de su pelo un manto de seda sin tejer, en sus labios un molde para vaciar besos, y en sus espléndidas caderas un cartel de reto al deleite, no se decidía por ninguno de aquellos hombres.

Los dos eran jóvenes, buenos mozos y sabían ganar sus jornales; los dos tenían su alma en su almarío y el querer de la ribeteadora dentro del alma. Los dos se abraban de cariño y celos por ella; y ella, con ese placer instintivo que toda hembra siente cuando ve á los machos disfrutándose su disfrute, daba cara á los

su vanidad, mostrando á los vecinos su dominio sobre aquellos reales mozos; éstos, que comenzaron el oficio juntos, siendo aprendices en el mismo taller, y compartieron juegos y puñetazos cuando niños, dinero, copas y cajetillas cuando hombres; que salían á la calle cogidos del brazo al término de sus tareas, y gastaban fraternalmente los días festivos el residuo de sus jornales, comenzaron á contemplarse de reojo, á salir cada uno por su lado los días de faena, á no reunirse los ociosos; á hablarse lo preciso primero, á no hablarse nada después; á recorrer silenciosamente la acera de la casa donde su pretendida tomaba el fresco por las noches, y á desatinarse con el mirar, remangando los labios y enseñando los dientes,



El.—Debo haberme equivocado de piso, yo quería tratar de un asunto con el doctor Latorre.

Ella.—Es en el principal, pero si usted quiere puede tratar conmigo de todo lo tratable.

como canes que baratean el disfrute de una hembra.

—«Eso no *pué* seguir —dijo cierta noche el más resuelto de los dos, encarándose con el otro—. A esa puerta sobra uno. Que *ela* escoja. A quien toquen las calabazas que se vaya á plantarlas al campo. ¿Estés conforme?

—Conforme.

—Pues á su puerta se ha *sentao* ahora mismo. Nos acercamos; la decimos que elija; elige... y santas pascuas.

Se acercaron á la silla donde la ribeteadora veranesaba, le manifestaron su resolución y aguardaron respuesta.

—«¿Que escoja? —dijo la muchacha alzando sus ojazos verdes hacia los galanes y entreabriendo la boca para lucir su monísima dentadura—. ¡Que escoja!... Los dos sois honraos y trabajadores y buenos mozos; sois también buenos oficiales. A *denguna* le faltará el pan á vuestro lao. Los dos me gustáis. ¿Á cuál queréis que

escoja? Yo seré *pa* el que haga más por conseguirme. *Pa* el que me gane.

Hubo un silencio durante el cual la muchacha contempló á sus adoradores con ojos llenos de promesas.

Ellos se miraban frente á frente, cerrando los puños y contrayendo los rostros con una mueca amenazadora ..

—Está bien.

—Está bien.

Así respondieron á una vez, y echaron calle abajo, sin volver la cabeza, en dirección á los campos desiertos, iluminados por la luna. El lance fué sencillo. Había que ganarla, y pusieron mano á la *herramienta*. La lucha empezó. Ninguno se curaba de defender su cuerpo. Sólo quería una cosa: matar al del contrario, para ser único en los favores de ella.

Cuatro ó cinco veces entró el acero en la carne de aquellos dos hombres, sin que profirieran un grito, sin que hiciesen un gesto de dolor. Contando por lo bajo los golpes dados, no echaban cuenta de los recibidos.

La pérdida de sangre les hizo caer en



La Esperanza le mantiene.



—¡Pobrecillo! soy muy mala!.. ¡Tenerle esperando en la calle mientras yo estoy al calorcito!.. Estoy por mandarle subir para que se caliente...

tierra á la vez, medio incorporados sobre los hierbajos, sosteniéndose con la mano izquierda y apretando con la derecha la navaja, é hiriéndose aún con el colérico mirar de sus ojos y el insultante palabroteo de sus labios, hallábanse los refidores cuando los recogieron y los llevaron á la Casa de Socorro. Practicada la primera cura y prontas las camillas que debían conducirlos al Hospital, emprendió su marcha el triste convoy, acompañado por muchos curiosos, por algunos pacientes de las víctimas y por la madre de uno de ellos, que lloraba silenciosamente, apretando con su mano temblorosa una greña de cabellos blancos salpicados de sangre.

Los comentarios eran muchos. Todos, incluso mi individuo, que se hallaba entre los curiosos, condenábamos la conducta de quien había puesto frente á frente y herramienta asesina en mano, á dos hombres de bien; y también los condenábamos á ellos, que, olvidando su condición de razonables, habían confiado á unos cachos

de hierro el pleito de sus anhelos masculinos. ¿Son los hombres bestias en celo para destrozarse á zarpazos? ¿Por qué no habían reflexionado antes de reñir? ¿Por qué no se rieron juntos de la descocada mujer que quería gozarse en la muerte del uno, para entregarse al otro? Esto no debía ser, no podía ser. Lo que es natural en salvajes, es absurdo en los hombres civilizados. Hay muchas mujeres, no es cosa de andar por ellas á navajazo limpio. Sólo á dos locos ó á dos necios puede ocurrirles semejante barbaridad.

JUSTA INDIGNACIÓN



—¿Les parece á ustedes que hay derecho á decir de mis piernas lo que dice Robledano?

En estos ó parecidos términos hablaban todos: hasta los camilleros, mozos de veinte á veintidós años, que se detuvieron para descansar un instante, asentando con la cabeza. Todos hablaban proclamando la serenidad y la cordura que deban presidir los tratos amorosos del hombre, para diferenciarlo de los restantes animales.

Todos hablaban, es decir, todos no. La madre del herido no hablaba. Sólo hacía una cosa, llorar y meter la cabeza de greñas blancas por la abertura de hule, debajo de la cual se quejaba su hijo...

Prente á la camilla se detuvo una hermosísima mujer, una obrera de diecinueve años. En sus ojos negros gallardeaba un estío perpetuo; en la mata de su pelo rubio

un manto de seda sin tejer; en sus labios un molde para vaciar besos; en sus caderas un cartel de reto al deleite.

—¡Bien por los valientes! —dijo al enterarse del hecho, con voz armoniosa y sensual.

Todos nos volvimos á mirarla. En los ojos de todos brilló un relámpago de deseo. Hubo un silencio admirativo, turbado únicamente por las quejas de los heridos y por los sollozos de la madre.

—¡Guapa moza! —exclamaron algunos. Y un camillero, el más joven, sin acordarse del hombre que estertoreaba en la



Una jamona haciendo la importantísima y delicada operación de ponerse las ligas.

colchoneta, ni de la sangre que teñía el hule de las camillas y las manos de los conductores, gritó, sintiendo encarnarse por sus nervios el instinto brutal del macho: —¡¡Si se ganasen á puñal!! ..

Joaquín DICENTA

La Venus de "La Correspondencia",

(PÁGINAS DE LA VIDA)

I

Una noche, no sé cuál, ni hace gran falta saberlo para el conocimiento de esta historia, apareció á la puerta del Casino de Madrid, una mujer joven y hermosa, vestida con la humildad de las hijas del pueblo. En la mano traía un puñado de periódicos.

Con voz fresca, de timbre simpático y atrayente, púsose á vocear—: ¡*La Correspondencia!*...

Los transeúntes y los señoritos que entraban en el Casino, hubieron de sorprenderse al oír acento tan armónico é inacostumbrado en voceadores de tal calaña; esto, por lo pronto, que, luego, al reparar en la muchacha, crecía el asombro, al ha-

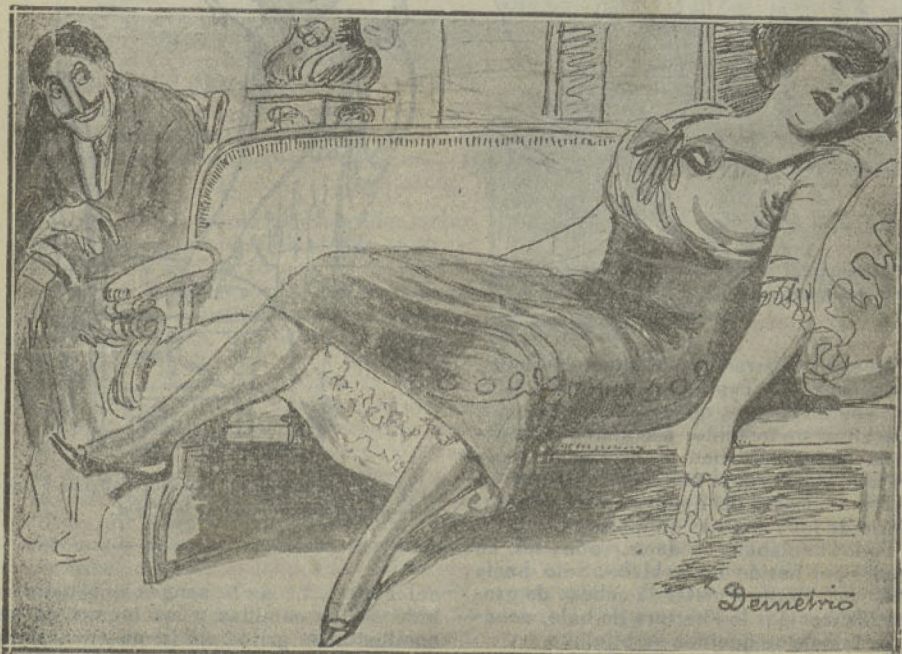
llarse con una mujercita tan hermosamente moldeada, de cutis aterciopelado, ojos expresivos y brillantes labios, rojos y frescos: una muchacha, en fin, que era capullo encantador, sobre el cual aun no se habían posado manos pecadoras, ni se habían hecho caricias de esas que ajan y marchitan á estas pobres flores del arroyo que, al brotar espléndidas, pierden su aroma virginal.

A la primera noche de su aparición á la puerta del Casino, se siguieron otras y muchas, y en cada una de ellas, acrecía el número de parroquianos, y, por consiguiente, la ganancia en su modestísimo comercio.

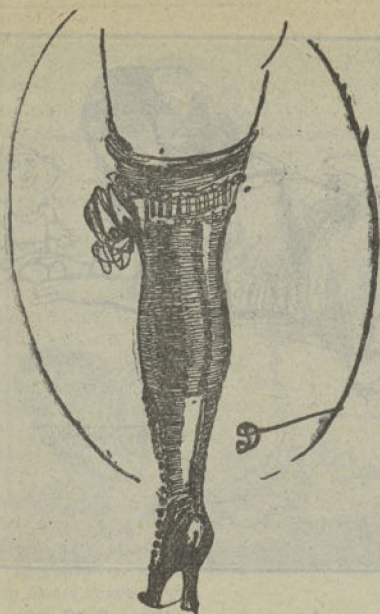
No se sabe quién fué el que confirmó á la vendedora con el ponderativo alias de *la Venus de la Correspondencia*; pero, lo cierto es, que con tal mote era conocida Pepa la vendedora.

La Venus de la Correspondencia hízose famosa y popular; el trozo de acera en que vendía el periódico veíase, á primera

COSAS DE ELLAS



(Cuando quieren conseguir algo del marido).—¡Qué desgraciada soy!



—No creo que nadie se puede escandalizar al ver esta pierna; á mí me parece un objeto de arte

hora de la noche, más concurrido que besameños palaciego.

Ni á las frases acarameladas de los señoritos, ni á las insidiosas promesas de los señorones, ni al chiste grosero de los unos, ni á los requiebros ponderativos de los otros, ni á suspiros, ni á guiños, ni á cartitas ni á nada, en fin, hacia caso, ni daba oídos la Venus callejera: siempre en los labios una sonrisita desdénosa; siempre en los ojos una mirada imponente para la turbamulta de incógnitos adoradores: impasible y arisca, permanecía en su sitio, atenta á su trajín de vender *Correspondencias*, hasta que despachaba el último ejemplar y se iba á su casa, escoltada por algún pertinaz rondador, á quien paraba en seco, si se permitía el «abordaje», con esta frase, dicha con enérgica y agria entonación:

—¡Haga usted el favor de dejarme en paz, que no tengo ganas de músicas!...

II

¿Se cansó de la lucha, de defender su hermosura, de aquel múltiple y continuado asedio?... ¿La cegaron las deslumbr-

doras ofertas de los señoritos, ó se entregó noblemente, por sólo impulsos de su alma, hacia algún amador, que supo encender amores en lo más recóndito de su pecho?...

No se sabe; estos procesos psicológicos se desarrollan siempre en el mayor misterio.

La *Venus de la Correspondencia* no apareció, como de costumbre, á la puerta del Casino, y la legión de adoradores y admiradores sufrió la decepción de no ver a su ídolo en aquella noche ni en otras muchas: se supuso que estaría enferma; pero hubo quien afirmó, que la linda vendedora habíase ido á vivir con un tal Venancio, apodado *El Pintureto*, prójimo muy popular en los cafés flamencos, en las chirlatas y en las taurinas: uno de tantos vividores, que, sin otra arma que su osadía, ejercen en el mar de la vida el papel de corsarios espantables. Cierta era la afirmación: la Venus habíase ido á vivir con aquel hombre, único que supo conmovier su alma y despertar en ella ansia de amores y cari-



—¡Qué vergüenza he pasado! He visto un hombre cara á la pared y mirando al suelo.



El efecto que haría si las jamonas vistieran como las nenitas pequeñas. (Continuará).

ños jamás gustados: siempre estas perlas de encantador oriente dan con torpes lapidarios, que en vez de realzar su brillo, lo amenguan, obscureciéndole.

Pasó lo que lógica y fatalmente ocurre en estos casos, en que el pudor de una mujer se encuentra al capricho de un canalla: vino el hastío en él y el desencanto en ella: sucediéndose á diario, entre los dos protagonistas, escenas violentas, en que los celos y el cansancio combatían groseramente, tan groseramente como la parodia de amor que los originaba.

Y otra vez la Venus de *La Correspondencia* vióse en pleno arroyo, no, como antes, capullo virginal, sino como flor pisoteada: ahora era una de tantas, irredenta, porque su voluntad traía como atrofiada y no sabría elevarse del cieno, antes por el contrario, se hundiría en él más.

Aún conservaba Pepilla su belleza atrayente; apareció de nuevo á la puerta del casino, voceando la *La Correspondencia*, y al primer adorador rico que murmuró á sus oídos un ruego expresivo, le hizo cara...

■

Fué reina de la hermosura y de la elegancia; tuvo todo lo más lujoso, caro y

caprichoso á su arbitrio; los hombres se la disputaban, más que por su hermosura, por ser la mujer de moda, la que añadía á los imbéciles que por ella se arruinaban, un timbre de conquistador envidiable en la liza del vicio dorado, que levanta del cieno sus ídolos más caros.

III

Anoche, á la puerta del casino donde, dieciséis años antes vendía *La Correspondencia* la famosa Venus de esta historia, vi á una encantadora niña vocear con infantil denuedo el *Heraldo*.

Confieso que me impresionó la chiquilla hasta el extremo de preguntar al portero si tenía algún antecedente de la golfita.

—Ya lo creo que sé algo, señorito — me contestó—. ¿Ve usted aquella mujer que está arrimada al quicio de la puerta?...

Y me señaló á una prójima, vieja, al parecer, escuálida, demacrada, que se arrebujaba en un mantón gris.

—Pues esa es la madre de la chiqueta, y por cierto, que ahí donde la ve usted tan estropeada, ha sido en sus buenos tiempos una real moza, lo que se dice una real moza. De seguro que el señorito la ha co-

Continental exprés

(Historia en tres cartas.)

I

(De «ella» á «él»)

¡Contenta me tienes!... Dos días sin venir á verme, y en cambio, exhibiéndote con tu mujer por todas partes como un provinciano en viaje de bodas... ¡Qué ridiculez!... Confieso que, si no te conociera tanto, pensaría que te has vuelto loco.

Afortunadamente para ti, me sé de memoria los puntos que calzas —¡no faltaba más, al cabo del tiempo!— y me figuro que algo muy transcendental habrá ocurrido entre vosotros para que un hombre tan *chic* se aventure á correr el ridículo de salir á la calle con su mujer propia dos veces seguidas. Se comprende que lo hubieras hecho conmigo, ¡pero con ella!... ¡No ves que te pones en evidencia y que todo el mundo te criticará?

Y menos mal si el perjuicio fuera para ti



La actitud pre dilecta de la señorita A. G. (vista de frente desde luego).

nocido... ¡Vaya!... ¡como que ha salido muchas veces en los periódicos!...

—¿Yo? —repliqué asombrado—. No recuerdo haber visto tal mujer.

—¡Ya lo creol... Esa es la famosa Venus de *La Correspondencia*... Y la hija sale á la madre en lo guapetona y... ¡psssl, hará suerte... acabaré como su madre, por tener coche...

El portero, al decir esto, guiñó los ojos malicioso, y yo, despidiéndome de él y dándole gracias por sus noticias, salí del portal á tiempo que la Venus decía á su chiqueta, con ese acento característico de los borrachos impenitentes —: Ten más aire y más gracia para vender esos *Heraldos*... y no seas tan sosaina, que á los parroquianos les gustan las mujeres vivas y alegres... como yo...

Alejandro LARRUBIERA

Leed en EL LIBRO POPULAR

El Tenorio en Lavapiés

novela completa por
JOAQUÍN BELDA

20 céntimos



Cómo se estira las medias una casadita revol-
tosa.

solamente; lo triste, lo imperdonable es que esas ligerezas tuyas me ponen en ridículo á mi también, como me dicen todas mis amigas, y eso no puedo tolerarlo. Yo no te privo de que atiendas á tu mujer y la regales lo que quieras; hasta te tolero que, de vez en cuando, la acompañes á la Comedia y al Real. Pero de eso á querer

igualarnos haciéndola las mismas concesiones que á mí, va un mundo de distancia. ¿Igualarnos?... ¡pues no faltaba más! No, hiito, no. Aún hay clases.

En resumen; que necesito que me expliques tu conducta, porque así no podemos continuar. Y, como además estamos á fin de mes y mi balance arroja un déficit que es necesario que enjugemos juntos, te espero á comer esta noche á las nueve. Pero ven sin prisas, porque tenemos muchas cuentas que arreglar y no será extraño que el balance se prolongue hasta por la mañana.

Abur y no faltes. Te besa tu indignada.
Lola.

II

(De «él» á su mujer.)

Querida Carmen: No me esperes á cenar esta noche. Precisamente al salir del Casino me entregan una carta de mi agente de Bolsa, comunicándome impresiones de última hora que me intranquilizan un poco... El papel turco baja, las azucareras también y el interior oscila de un modo alarmante.

Total; que ceno con mi agente, y que seguramente iré muy tarde á casa, porque tenemos balance. Acuéstate.—Ricardo.

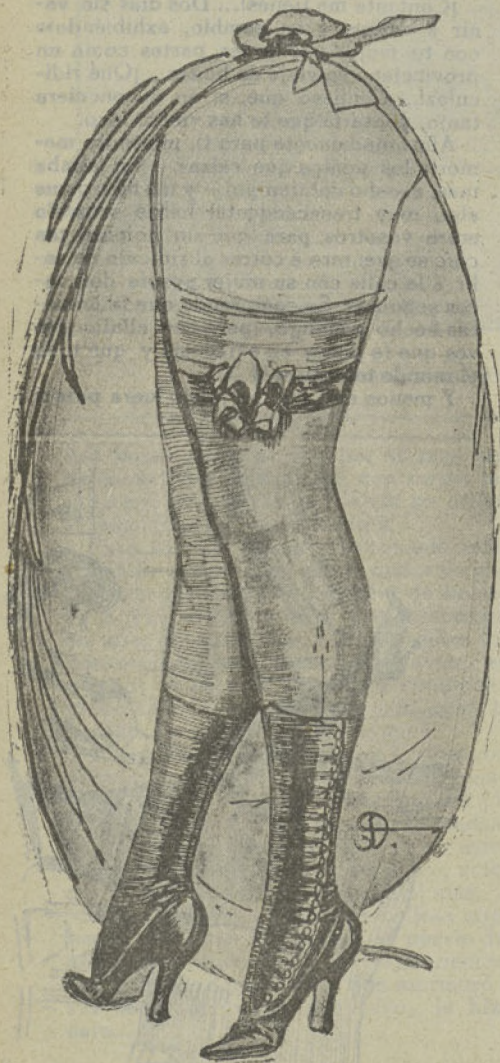
III

(De la mujer á su primo.)

Te espero á cenar... No faltes... Mi marido está de balance... Nosotros también.

Por la transmisión,

Ramón ASENSIO MAS



Cómo resultan las piernas calzadas con botas de veinte botones. (Queda complacida «una suscriptora».)

Á una ex criada de pesetas 7,50

Cuando al compás de un garrotín «de abrigo» surges sobre el tablado del Kursaal eres capaz, si oscilas el ombligo, de hacer que se entusiasme un liberal.

Después entonces el «couplet de El Higo» con maestría pícaro y sensual, y miras hacia el palco de un amigo timándote un modo colosal.

Un borracho te dice una burrada, sin lograr que te pongas colorada, porque tú no conoces el pudor.

Y mientras ovacionan tu belleza, hay muchos que se enjugan la cabeza sudosa por la fuerza del calor.

Jesús ACEDO

La hora del amor

Nadie, ni el más íntimo de mis amigos, ha podido averiguar nunca por qué tengo sobre mi mesa de trabajo, en el centro, colgado de su relojera, un reloj de bolsillo, con caja de oro, sin cristal y parado en las siete menos once minutos. Para todos es un misterio. El secreto lo sabemos, solamente, una mujer y yo.

Desde ahora, lo sabréis también, lectores...

En mi desordenado vivir de entonces, vivir arbitrario de bohemio, en que no hacía cuenta del derroche de ilusiones —por eso las gasté más pronto de lo que pensara mi alma soñadora— ni del peculio de que disponía, por obra y gracia de mi padre, acontecíame con harta frecuencia que para salir de apuros ineludibles ó á veces también para el logro de cosas superfluas, había de pignorar las contadas alhajas de que era poseedor. Por lo que el reloj, una sortija y un alfiler, puede decirse que sabían perfectamente el carnino desde mi casa hasta ese Monte llamado, con cruel ironía, de Piedad.

A la sazón tenía yo relaciones de noviazgo, nada más, con una adorable muchacha cuyo amor me proporcionó los mejores ratos de mi vida.

Nos veíamos diariamente, á la salida del taller de bordar en que ella trabajaba, y los domingos, toda la tarde.

Y en una de esas tardes, fué el suceso que os voy contando.

Sentados en un banco de Recoletos, hablébamos. Ella, muy formalita, censuraba el desorden de mi vida. Me perjudicaba trasnochar, beber más de lo prudente y darme, en alocados orgías, á toda clase de mujercuelas, enfermas acaso. Con mi gastar sin método, tampoco transigía.

—¿Dónde está la sortija? —inquirió.

—Segura —la respondí— hasta dentro de seis meses.

Y para justificación de mi aserto, le mostré la papeleta.

—¿Y el reloj?

—En capilla... Míralo. Mañana ó pasado, si no hay indulto, que no lo habrá...

De un tirón me lo quitó de las manos.

—Chica, ¿qué vas hacer?

—Guardarlo. ¡Ya no lo empeñas! Te lo devolveré cuando no necesites dinero.

Y alzando, levemente, por el escote, la blusa, dejó caer, bajo ella, el reloj que se deslizó sobre el terciopelo de su carne...

—¡Ay! —exclamó estremaciéndose—. ¡Qué frío está!

—Y hasta dónde ha llegado?

—Hasta aquí —respondió, señalando con un dedo el centro del seno—. Y de aquí, no puede moverse.

Era verdad: hacia abajo, lo detenía el corsé apretado en la cintura, y á los lados, tropezaba con los pechos erectos á los que plégabase la fina tela de la blusa, marcando su suavidad y su redondez.

Vencida la tarde, se envolvía el ambiente en la primera obscuridad del anochecer.

Acercó ella su cara á la mía y, cariñosamente, como una madrecita, ilustrando el discurso con besos y caricias, fué aconsejándome una nueva vida, arreglada y metódica; en que siguiera una orientación de trabajo, para asegurar mi porvenir, y no buscara más amor que el suyo... Me convenció. Yo, como todos los que nunca han hecho nada, he tenido, en muchas ocasiones, el propósito decidido de emprender una vida seria y provechosa. Pero jamás he pasado del propósito.

La costesté, entusiasmado, dispuesto á obedecerla.

Y la impuse una condición. Hasta entonces só o éramos novios y no nos habíamos permitido más que inocentes atrevimien-

LOS NUESTROS



PEDRO DE RÉPIDE

Que acaba de estrenar en Cervantes el lindísimo juguete cómico "Un palco para el Tenorio," PÓY. BERNAT

COMO LAS PERSONAS



—(Deja eso para cuando no estemos atados, porque voy á hacer muy mal papell

tos. Pero si nos queríamos tanto, si nos deseábamos con toda la cálida pasión de nuestra juventud, ¿per qué no saciar la sed de nuestro amor?

Otorgó, casi sin palabras. Y apoyó su cabeza sobre mi pecho, como entregándose me.

::

Ya en el íntimo recinto, entre lágrimas, exigíame promesa de quererle siempre.

—¡Siempre! ¡siempre!...— respondíale yo. Y continuaba, lentamente, deleitándome, la tarea de descubrir sus encantos.

Al aflojarse el corsé, desoprimida la cintura, cayó al suelo, en fuerte golpe, el reloj.

—¡Ah! ¡Qué torpel Me había olvidado— se lamentó ella.

El cristal rompióse en mil pedacitos que brillaban por el suelo. Cogí el reloj. Lo acerqué al oído: no andaba. Eran las siete menos once...

—¡Qué lástima!

—¡Bah! No te preocupes.

En el chaleco, que había dajado con toda mi ropa sobre una butaca, fui á guardarlo. Y volví, en seguida, junto á ella.

Nos acercamos, nos unimos, sus labios ardían, sus ojos llameaban de deseo... Y se abandonó á mis brazos que encadenaron, dulcemente, su cuerpo tembloroso...

Desde entonces á acá, el tiempo, que también debió pararse para hacer eterna aque la hora en que nos amamos, ha interpuesto, entre nuestros corazones, la indiferencia y el hastío, primero, el olvido, después.

Pero el reloj aún está parado en la hora de nuestro amor, avisándome, recordándome, que fué, acaso, la más feliz de mi época de bohemio.

Y aquí, ante mi vista, roto y sin cristal, parece hablarme del encanto de aquella mujer, roto también, en el momento en que el cristal, sagrado de su pureza, quedó en pedacitos de sangre sobre la albura del lecho...

Por eso lo tengo sobre mi mesa, frente á mí.

Por eso, y, además, porque el arreglo que necesita es bastante caro, y así, descompuesto, no me lo toman en el Monte...

José Luis MAÑES



EPIGRAMITA

Pregunté al mozo Mateo
por la pieza de Pantoja
que se ensaya en el Liceo,
y me contestó: —Muy floja;
habrá que darle un meneo.

Fermín MARCIAL

Leed en EL LIBRO POPULAR

El Tenorio en Lavapiés

novela completa por
JOAQUÍN BELDA

20 céntimos

EL IDILIO DE LOS BESOS

—Mia, quiero besarte.
—¿En dónde? ¿En una mano?
En cualquier parte...
de esa tu boca de sabor de fresa.

—¿Mi boca no se besa?
—Sí.

—No.

—Sí.

—No.

—Repítelo más bajo:

si no se bese, tómate el trabajo
de suavizar la angustia que me ofrezco...
¡Dilo más bajo!...

—¡No!

—¡Más todavía!...

Y besé diez veces
mientras que lo decía.

❖

Un filósofo loco
que no amó nunca ni besó tampoco
dice que el beso acaba en el hastío...
Tú, que conoces eso,
¿qué opinas, corazon? Un beso mío
¿a qué viene á acabar?...

—En otro beso.

❖

Puse en mi orgullo el implacable hastío
de una vida oprimida
con todo el peso del dolor bravío
que floreció en los bordes de mi vida;
nada necesitaba
de amor, de honor, de gloria, de riqueza,
porque al orgullo mío le bastaba
con su propia grandeza.

Pero llegó el amor: sentí su arrullo;
le hallé mimoso; le encontré anhelante...—
Cogile un beso—, y lo engarcé en mi orgullo,
lo mismo que un diamante.

C. CABAL

La hucha Luisita, lindísima niñita de cinco años, estaba cablosa. ¿Por qué sus padres, que decían quererla tantísimo, no la complacían comprándola un hermanito?

¿No eran ricos? Teniendo dos autos y abono en el Real, bien podían destinar una pequeña cantidad para la compra del nene.

Los padres se excusaban diciendo que la querían demasiado para complacerla en ese sentido, pues Luisita acabaría por

arrepentirse, tomando celos de la criatura.

Todo inútil. Luisita, empeñadísima, continuaba aferrada á sus pretensiones, que ahora acompañaba con amenazas de niña mimada, con lloros y pataleos.

Y como todo llega en este mundo de pícaros y hampones, cierta noche, al tiempo que se retiraban á dormir Pepe Laguna y Luisa Andreu (los padres de Luisita), comunicaron á su hijita la promesa de que, desde aquélla noche, empezaban á recoger



La señora.—...y de fruta lo que quieras, uvas... plátanos... cualquier cosa.

La criada.—Plátanos no habrá, pero puedo traer peras, que ya sabe que tengo buena mano para ellas.

el dinero necesario para la adquisición del ansiado bebé.

La niña mostraba su alegría saltando.
¡Por fin se realizarían sus sueños!...

❖

Han transcurrido algunos meses.

Luisita, paliducha y enclenque, suplica á sus padres el cumplimiento de la palabra.

—¿Cuándo llegará el nene? ¿Acaso me engañái?

Y les reñe porque se han olvidado del dinero para la hucha.

Continuos lloros de la niña, palabras censoladoras y promesas de los padres, que abandonan el comedor cogidos por el tallo y acariciándose zalameros.

Luisita queda jugando con la doncella

De pronto se oye un grito opaco, desgarrado y la chiquilla corre al cuarto de sus padres desfavorada.

—¿Qué pasa? ¿Ocurre algo?

—Nada, hija mía —respondió el padre acomodándose en la *chaise longue*, que como te quejabas de que no nos acordábamos del dinero para comprar el hermanito, mamá y yo hemos querido poner algo en la hucha y... la falta de costumbre, lo grande de la moneda... hemos hecho tantos esfuerzos que tu mamá se ha lastimado.

¡Juraría que se ha estrechado la ranura de la hucha!

C. Gens MINGUET

Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y PAJARES

RIVADAVIA, 1.255.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones ESPAÑA (S. A.)

IMPOTENCIA

ó debilidad genital, se cura con las Perlas-Leroy. Caja, 7 ptas.
F. Gayoso. Arenal, 2, Farmacia.

SEGURIDAD ABSOLUTA

La tendréis si usáis las gomas higiénicas que vende

LA MASCOTA
GATO, 4.

Catálogo gratis enviando sello.

TRES LIBROS INTERESANTES

Tortilla al ron	3	pesetas.
Los quince goces del matrimonio.	1	"
Misterios del lecho conyugal.	0,50	"

Se envía á provincias el libro que se desee remitiendo su importe, más 0,40 para franqueo y certificado. PIDIENDO LOS TRES LIBROS se envían certificados por CINCO pesetas. Al extranjero van por CINCO francos ó UN DOLLAR.

Los pedidos con su importe, dirjense únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid.

Exportación de revistas y periódicos á América.

Suscripciones á todos los periódicos de España.

Lea usted el

Extraordinario de EL LIBRO POPULAR

SEGUNDA EDICION

La despedida de BOMBITA

Por DON SINCERO

20 cts.

Un comentario de DON MODESTO